PRESENTACION DE UN POLITICO: ANTONIO GRAMSCI

Por Víctor FLORES OLEA

La vida intelectual italiana de nuestros días —seguramente el origen se remonta a los últimos años del siglo pasado— parece estar dividida, fragmentarse en dos cauces diversos; por un lado, encontraríamos una especie de humanismo romántico y retórico que se ostenta oficialmente como el heredero legítimo de la gran tradición clásica, de la cultura que comienza a elaborarse en Italia desde los inicios del Renacimiento. El academismo sería la nota característica de esta cultura: la repetición de fórmulas, de ideas, de soluciones encontradas en el pasado, pero despojadas ahora de su savia interna, de su fuerza vital, de su sentido realista y positivo. Esta supuesta heredera de la mejor tradición italiana domina la Universidad; más exactamente, es la "tónica" dominante de las instituciones oficiales de cultura. Es la vida intelectual vigente: la sostenida y difundida por la "inteligencia" burguesa italiana. El contacto más superficial con *esta* cultura nos inunda de retórica, nos impresiona profundamente por su carencia de sentido crítico, por la distancia que se ha impuesto entre ella y los problemas reales, históricos, del pueblo italiano. La grandilocuencia agresiva de esta cultura, en sus momentos extremos, sirvió de fundamento teórico al fascismo.

La historia de la cultura, para esta corriente, se ha convertido en una sucesión inagotable de mitos, de mistificaciones; es decir, no existe sino como una sucesión de obras "desprendidas" de su contexto histórico y "convertidas" en hechos autónomos, que han nacido y que viven por propio esfuerzo y por propio mérito, hechos plenos, indiscutibles e intocables. Lo mismo *El Imperio Romano* que *La divina comedia*; *I promessi sposi* que *Gli innamorati* y *La poesía* de Leopardi. Están fuera de discusión las excelencias, frecuentemente únicas, de la aportación italiana a la cultura occidental; pero en tanto "hechos" de cultura estamos en la obligación de conocerlos, es decir, de explicarlos, de enjuiciarlos y valorarlos críticamente.

Un inteligente italiano me decía: "En Italia, la sola renovación posible —social, política, cultural—, no puede sino venir del 'pueblo', tiene que ser una transformación auténticamente 'popular'. La burguesía, en mi país, no tiene nada más que ofrecer." Estas palabras registran la existencia en Italia de la "otra" cultura, de formación lenta pero segura, íntimamente ligada, profundamente comprensiva de las necesidades populares. A la retórica de la primera, opone la seriedad científica. Como sustituto del humanismo romántico, vacuo, de aquella, propone un humanismo positivo, realista, críticamente perseguido. Sobre todo esto último: la idea de un humanismo que no se concibe sin la solución de los problemas del pueblo italiano, que no se concibe sino como libertad real, en la historia, del pueblo italiano.

Esta "otra" cultura tiene en Italia, por así decirlo, una existencia "clandestina"; quiero decir, una existencia al margen de la vida intelectual oficial. Su destino, durante más de veinte años, fue la clandestinidad, sin metáfora: primero, bajo el fascismo, después en la resistencia. Al terminar la segunda Guerra Mundial esta cultura "salió a la calle": su carácter "clandestino", en nuestros días, deriva de la falta de reconocimiento, de unción sacramental por parte de los círculos consagrados. Esto no quiere decir —precisamente afirmo lo contrario— que sus obras sean desdeñables. A mi manera de ver, lo más valioso de la cultura italiana de nuestros días está ligado en alguna forma a esta "otra" vida intelectual que ha ido abriéndose paso, aun en contra de tre-

Gramsci. *"síntesis de la teoría y de la práctica"*

mendas oposiciones organizadas, a lo largo de los últimos 60 o 70 años, desde los días de Antonio Labriola.

No es el momento de extenderme con la mención de tantos nombres ilustres que han participado activamente en la integración de *esta* vida política, social, económica, cultural en Italia. Recuerdo solamente uno: el de Antonio Gramsci, que llena, él solo, la historia de ese gran movimiento de renovación italiana que se afirma constantemente a pesar de su carácter "marginal", a pesar de que ha sido sistemáticamente "excluido" de la cultura institucionalizada.

Más que ningún otro, en Italia, Gramsci constituye la síntesis exacta de la teoría y de la práctica, del pensador y del revolucionario, de la filosofía y de la política. Su nacimiento —hijo de una familia de obreros sardos— fue la primera afirmación de su destino: luchador infatigable a favor de los intereses de la clase trabajadora de su país. Fundador del partido comunista italiano; implacable opositor, agudo crítico de aquel "canto de las sirenas" de la demagogia fascista, que debilitó tan amplias capas de la clase obrera italiana. Para "impedir que siga funcionando ese cerebro", Mussolini decide eliminarlo de la circulación: en 1927, siendo diputado, Gramsci es puesto en prisión y sentenciado a cadena perpetua, con órdenes estrictas de incomunicación total con el exterior. A pesar de que se levanta un clamor de protestas en el mundo, encabezado por las voces de más prestigio: T. S. Eliot, Jules Romains, Thomas Mann, la sentencia es confirmada. En condiciones de vida oprobiosas, con la salud quebrantada, carente de libros e información, sin embargo, "aquel cerebro" sigue funcionando en su celda de recluso, combatiendo con las armas a su alcance: en siete años Gramsci cubre de una escritura apretada, fina, alrededor de tres mil cuartillas, que componen hoy los volúmenes de sus famosos *Quaderni del Carcere*. Desde los primeros tiempos de su encarcelamiento, aun antes del proceso y de la condena, Gramsci se preocupa por organizar su vida de manera que sea posible el estudio y el trabajo. En una carta dirigida a la cuñada Tatiana Schucht, el 19 de marzo de 1927, Gramsci escribe: "... estoy torturado ... por esta idea: que sería necesario hacer algo *für ewig*... En síntesis, quisiera, de acuerdo con un proyecto preestablecido, ocuparme intensa y sistemáticamente de algún asunto que absorbiera y centralizara mi vida interior." Originalmente, la intención de Gramsci fue la de bosquejar una gran historia de los intelectuales en Italia; pero a la manera marxista, encontrando siempre la raíz histórica, el complejo de realidades que han ido condicionando la evolución cultural italiana. El tema resultó mucho más vasto de lo previsto ya que implicaba la historia íntegra —política, económica, social, cultural— de Italia. La obra de Gramsci, a pesar de su volumen, no realiza en todos sus términos el ambicioso proyecto original. La imposibilidad de conseguir en prisión el material bibliográfico necesario, sus mismas condiciones psicológicas y morales, le impidieron la elaboración sistemática, acabada, de aquel proyecto. A pesar de todo, sus libros contienen un enjambre de notas, de análisis más o menos desarrollados sobre una multitud de cuestiones relacionadas con la historia italiana; pero no sólo con la historia del pasado, sino principalmente con aquella del futuro. En otras palabars, sus libros no sólo narran la historia, en cuanto tal, sino que indican la ruta que es necesario emprender para que la historia, en adelante, sea cada vez más la historia del hombre. Gramsci, en este sentido, sería el auténtico heredero de la tradición humanista de su país.

Es claro que la obra de Gramsci no tiene el carácter de una obra de "erudición", sistemática y escolástica. A pesar de la riquísima variedad de los temas abordados —economía, política, sociología, derecho, literatura, filosofía, etc., etc.— sus investigaciones guardan, de la primera a la última línea, una profunda unidad. Impulsado por su misma práctica política y por el movimiento "real" revolucionario que se había verificado en Europa, Gramsci nos dejó por escrito lo mejor de sus meditaciones sobre el problema que lo ocupó la vida entera: el camino que debía seguir la clase trabajadora italiana hacia el poder, según perspectivas

íntimamente ligadas a las características del desarrollo histórico de Italia. Y estrechamente relacionado con ese problema: el papel de los intelectuales en la creación del "nuevo" Estado, su función en el movimiento revolucionario que comenzaba a ponerse en marcha. Aun los temas más ajenos, en apariencia, de las ideas centrales que estructuran la monumental obra, tienen su razón de ser, su "lugar", su sentido en el análisis dialéctico, es decir, integral, rico y complejo, de la realidad italiana. Para Gramsci no se trata de "disecar" la realidad, sino justo lo contrario, de estudiarla como una totalidad viva y dinámica compuesta de un sinúmero de factores, de "momentos" que la informan. La "filosofía de la praxis", para él, es humanismo integral porque estudia lo mismo las fuerzas económicas que las espirituales, en sus interferencias recíprocas, dialécticas. Las investigaciones de Gramsci son un modelo, que debiera estudiarse siempre, de análisis marxista. Nada más alejado de su formación intelectual que el dogmatismo, que los análisis fáciles y esquemáticos, que el espíritu sectario. De ahí que sus páginas nos parezcan siempre una fuente de pensamiento fresco, inteligente y diligente en la elaboración científica.

Hemos elegido un poco al azar —de aquí y de allá— los textos de Gramsci que presentamos a continuación. Hemos procurado, no obstante, "trabarlos" de tal manera que tengan un sentido unitario, que revelen el pensamiento de Gramsci sobre un cierto orden de problemas; en particular, la idea del partido político como constructor del "nuevo" Estado, como semilla de lo que más tarde llegará a constituir una renovación social, política, e incluso la renovación de una concepción del mundo. El partido político como agente constructor de una "voluntad unitaria colectiva" que tiende a convertirse en universal y soberana en un territorio determinado, es decir, que tiende a constituirse en Estado, que quiere *ser* el Estado; y todo ello visto con un criterio realista, científico, de la política, tomando en cuenta todos los factores que permiten, o impiden, la realización de aquella tarea infinita, si se nos permite la expresión.

Por tales motivos Gramsci nos recuerda el "mito" del príncipe de Maquiavelo, extraordinariamente ilustrativo de lo que significa una política coherente, realista, profundamente ligada al proceso histórico de un pueblo. En Maquiavelo, quién está destinado a crear el nuevo Estado italiano, unitario y nacional, adecuado a las necesidades de su tiempo, es *El Príncipe,* el soberano absoluto. Para Gramsci, la creación de un Estado que responda a las exigencias de nuestra época le corresponde al partido político, y más particularmente, al partido de la clase obrera: él es el príncipe de nuestros días, *El Moderno Príncipe.*

Uno de los problemas más íntimamente vinculados con esta cuestión es el de la unidad entre teoría y práctica, entre pensamiento y acción; tal p r o b l e m a, en Gramsci, se presenta históricamente como el problema de la unificación, en el partido político, de "masa" e "intelectuales", es decir, de la acción y de la razón de la acción. Pero ello entendido dialécticamente: como dos momentos cuyo contacto no sólo significa cambio cuantitativo sino también, y sobre todo, cualitativo.

MAQUIAVELO Y EL NUEVO PRINCIPE

Por Antonio GRAMSCI

LA CARACTERÍSTICA fundamental de *El Príncipe* consiste en no ser un tratado sistemático sino un libro "viviente", en el que la ideología política y la ciencia política se confunden en la forma dramática del "mito"... un *condottiero* que representa plástica y "antropomórficamente" el símbolo de la "voluntad colectiva". El proceso de formación de una determinada voluntad colectiva para un determinado objetivo político, está representado... como cualidades, características, deberes, necesidad de una persona concreta.

Tal parece que las intenciones de Maquiavelo al escribir *El Príncipe,* hayan sido más complejas y más "democráticas" de cuanto parece a la interpretación "democrática". Maquiavelo considera que es tan grande la necesidad del Estado unitario-nacional que se aceptará que, para alcanzar ese fin primordial, se utilicen los medios idóneos. Por consiguiente, puede afirmarse que Maquiavelo se propuso educar al pueblo, pero no en el sentido que comúnmente se da a esta expresión, o cuando menos, no en el sentido que le han dado ciertas corrientes democráticas. Para Maquiavelo, educar al pueblo no significa otra cosa que darle la conciencia, convencerlo de que solo existe una política: la realista, para alcanzar el fin deseado y que, por tanto, es preciso ceñirse a los mandatos del Príncipe que ha elegido un cierto camino para lograr sus propósitos; puesto que solamente quien quiere los fines quiere los medios necesarios para alcanzarlos. La posición de Maquiavelo, en este sentido, se aproxima a la de los teóricos y políticos de la filosofía de la praxis, que también se han esforzado por construir y defender un "realismo" popular, de masa, y han luchado contra una forma de "jesuitismo" correspondiente a otras circunstancias. La "democracia" de Maquiavelo está adaptada a su tiempo: el consentimiento activo de las masas populares a favor de la monarquía absoluta, en cuanto significa la limitación y destrucción de la anarquía feudal, de la servidumbre, del poder de los papas y en cuanto significa la fundación de grandes Estados territoriales nacionales, función que la monarquía absoluta no podía cumplir sin el apoyo de la burguesía y de un ejército permanente, nacional, centralizado, etc.

En realidad, a pesar de que *El Príncipe* tuvo un destino preciso, posiblemente se pueda decir que no fue escrito para nadie y que lo fue para todos; está escrito para un hipotético "hombre providencial" que podría manifestarse, como se manifestaron Valentino y otros *condottieri,* de la nada, sin tradición dinástica, sólo por sus cualidades militares excepcionales. La conclusión de *El Príncipe* justifica el libro entero, aun ante las masas populares, que realmente olvidan los medios utilizados para alcanzar un objetivo si este objetivo es históricamente progresista; en otros términos, resuelve los problemas esenciales de la época y establece un orden dentro del que es posible moverse, actuar, trabajar tranquilamente. En las interpretaciones de Maquiavelo se olvida que la monarquía era en aquellos tiempos una forma de gobierno popular y que se apoyaba en los burgueses contra los nobles...

...ciertamente Maquiavelo no deseaba enseñar a los príncipes las "máximas" que ellos conocían y utilizaban. Quería, sobre todo, enseñar la "coherencia" del arte de gobernar y la coherencia exigida por una cierta finalidad: la creación de un Estado italiano unitario. *El Príncipe* no es un libro de "ciencia", entendido académicamente, sino de "pasión política inmediata", un "manifiesto" de partido con fundamento en una concepción "científica" del arte de la política. En verdad, Maquiavelo enseña la "coherencia" de los medios "bestiales"...; pero esta "coherencia" no es algo meramente formal, sino la forma necesaria de una determinada línea de política actual. Que después, de la exposición de Maquiavelo, se puedan obtener elementos de una "política pura", es otro problema; ello tiene que ver con el lugar que ocupa Maquiavelo en el proceso de formación de la ciencia política moderna, que no es nada despreciable.

Las razones por las que Maquiavelo escribió *El Príncipe* y las otras obras no es un simple problema de cultura o de psicología del autor: en parte, tal cosa explica la fascinación que ejercen sus escritos, su vivacidad y originalidad. No se trata, ciertamente, de "tratados" de tipo medieval; tampoco de obras de un abogado forense que quiere justificar las operaciones y la manera de actuar de sus "protectores", o incluso de su príncipe. Las obras de Maquiavelo son de carácter "individual", expresiones de una personalidad que desea intervenir en la política y en la historia de su país y en tal sentido tienen un origen "democrático".

Maquiavelo.*"se propuso educar al pueblo"*